

desapareció hace algunos meses, creyéndose por todos que la habían robado algunos emisarios del infante don Juan, que dicen andaba enamorado de ella.

—¿Y vos qué decís, don frey Lope?

—Digo que no puede ser: ¡cómo! ¡aquella dama tan vergonzosa, tan tímida!.....

—Don frey Lope, la verdad sea dicha: las mujeres son cosa de que no entendemos mucho nosotros por nuestro estado; pero acordémonos de que el diablo tentó, perdió y trasformó á Eva, nuestra comun madre, y que desde entonces el diablo anda tentando á las mujeres y cambiándolas de lo que son en lo que nadie hubiera creído pudiesen ser, á mas que hay muchos ejemplos de mujeres que han combatido en la guerra con tanta ó mas pujanza que los hombres, sin contar con las mujeres fuertes de la Sagrada Escritura, que de esto no puede dudarse.

—¿Sabeis vos algo, señor don Nuño? dijo el prior mirando fijamente al canceller.

—¿Saber! no, respondió este; pero nada estraño, porque todo es posible mediante la voluntad de Dios.

### III.

Se oyeron en aquel momento trompetas y atabales, lo que no inquietó á los dos eclesiásticos, porque aquellos timbales y aquellas trompetas no significaban otra cosa sino que se acercaban el rey ó la reina en córte.

Pusiéronse, sí, vivamente de pié, y llegaron quanto de prisa pudieron al portalon.

### CAPITULO V.

EN QUE SE VE EL TERRIBLE ALIADO QUE DIOS HABIA CONCEDIDO Á LA REINA DOÑA MARÍA.

### I.

El apuro del prior fué terrible cuando vió que del cortejo real que venia por la calle arriba, en direccion al convento, se destacaba un ginete y adelantaba á media rienda hácia el portal.

—Pues sus señorías vienen aquí, señor don Nuño; de otra manera, no sé para qué habia de venir á buscarnos ese señor escudero del rey; ¡y sin haber avisado!

—Pronto, hermano Pánfilo, id, avisad á la comunidad que salga con palio. ¡Válgame Dios, señor! ¡Y se va reuniendo gente! Mirad, mirad cómo aclaman á la reina: el buen pueblo ama á su señoría. Guárdeos Dios, caballero, añadió dirigiéndose á un ginete perfectamente montado y galana y bizarramente vestido á lo hidalgo, que acababa de refrenar á su caballo junto al portal.

—Señor prior, dijo el ginete: sus señorías el rey y la reina

vienen á orar ante el Santísimo Cristo de los Desamparados que se venera en la santa iglesia de San Pablo.

—Vengan sus señorías muy enhorabuena, dijo el prior; pero á fé á fé que me cogen desprevenido, y la comunidad tardará en reunirse, y no se podrá hacer á sus señorías el recibimiento que les es debido.

—Sus señorías dispensan á vuestra paternidad, contestó el escudero del rey: que Dios os guarde, padre.

—Él vaya con vos y os bendiga, caballero, contestó el prior.

Y recejando el escudero su caballo, cuando estuvo á alguna distancia, le revolvió y fué á incorporarse á la régia comitiva, que estaba ya muy cerca.

## II.

La gente crecía, y muy pronto estuvo lleno de ella el ancho espacio que se estendía delante del monasterio y de la iglesia de San Pablo: se oía un murmullo sonoro que de tiempo en tiempo rompía en una aclamación.

Es posible que aquel inmenso popular hubiera aclamado de igual modo á don Alfonso de la Cerda ó al infante don Juan con tal de que se les hubieran presentado llamándose reyes y con la corona en la cabeza.

Lo que aquella multitud aclamaba, como sucede casi siempre, era al rey, no á la persona.

Las multitudes son como el mar: cualquier viento fuerte las levanta en olas, venga de donde viniere; esto importa poco.

Llámase con cierta propiedad masas á las multitudes, porque son inertes, sin movimiento propio y propensas siempre á ceder á cualquiera influencia.

Esto significaban las aclamaciones del popular de Valladolid agolpado en el ancho espacio que se estendía delante del monasterio de San Pablo, que veía ante sí dos testas coronadas en medio de un aparato de córte al son de trompetas y atabales.

## III.

Los trompeteros y los atabaleros llegaron, y haciéndose á un lado, se detuvieron delante del portalón de la huerta.

Detrás venía una nube de caballeros, de los que, manteniéndose leales, pertenecían á la casa real.

Luego algunos ballesteros de maza á caballo.

Después, conducidas por mulas enjaezadas, llevadas del diestro por palafreneros de la casa real, cuatro literas, en torno de las cuales iban algunos caballeros.

Por último, una escolta de ballesteros hidalgos de maza, á caballo también, cerraba la comitiva.

## IV.

La primera litera adelantó, llegó junto al portalón, la abrió uno de los altos dignatarios de la córte, y salió la reina doña María sencillamente vestida, con uno de aquellos trajes de vellorí, de que había hablado don Nuño, con tocas, y con la diadema de plata sobredorada, que era una de las pocas alhajas que le habían quedado.

La reina se dirigió afablemente al prior y á don Nuño, su canciller, en tanto que de otra litera salía el rey, también muy sencillamente vestido, y llevando en la cabeza un birrete con diadema.

De las otras dos literas salieron doña Juana Nuñez de Lara, dama de la reina, y el ama de esta, Mari Fernandez, que era ya bastante entrada en años.

Pajes y camareros echaron pié á tierra, y vinieron á formar el séquito de los reyes.

## V.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio, dijo el prior, besando primero la mano á la reina y despues al rey, y qué desprevenido que me cogen vuestras señorías! Mientras que la comunidad se reúne....

—¿Y qué importa eso? dijo la reina: yo no me pago de las cosas aparentes; yo busco la lealtad y el afecto, y sé que los encuentro aquí. Pero adelante; la huerta debe estar hermosísima, y quiero recrearme en ella. Entremos.

El prior echó á andar hácia adentro; la reina iba junto á él por acaso. El rey iba detrás, y junto á él, por acaso tambien, ó por haber avanzado demasiado, iba doña Juana Nuñez de Lara.

El rey aún no habia perdido su afición por la Palomilla, ni esta habia renunciado sus proyectos respecto al rey; todo consistia en que este, impresionado por los consejos del conde don Lope, irritado por la conducta desleal del infante don Juan, habia hecho un desaire á la Palomilla, no teniendo para ella ni aun la consideracion de enviar á informarse acerca de su salud, ó de si la habia acontecido algo la noche aquella de las aventuras del arrabal de los Molinos.

Como el infante don Juan habia dejado el servicio del rey su sobrino para volver á tomar el título de rey de Leon, de Galicia y de Sevilla, habia faltado un intermediario para poner al rey en contacto con doña Juana.

Esto no podia ser en el Alcázar, aunque la Palomilla era dama de la reina, porque en el Alcázar, tanto las damas como las doncellas ó meninas, estaban severamente vigiladas, reducidas casi á la estrechez de la clausura, mientras en el Alcázar estaban, por las dueñas de la reina.

La virtuosa y severa doña María no toleraba en su Alcázar aproximaciones de damas y caballeros. Así es que desde aquella noche no habian vuelto á verse la Palomilla y el rey.

Pero el rey no se habia olvidado de ella.

Por el momento, habian influido en Fernando IV los consejos del conde don Lope Diaz de Haro; pero los consejos de los viejos fructifican poco en el ánimo de los niños.

El hombre necesita de la esperiencia propia para conocer la verdad de la esperiencia ajena.

Fernando IV, por otra parte, era voluntarioso, y estaba en esa edad peligrosa del tránsito de la adolescencia á la juventud, en que tan fácilmente se vicia el hombre. Los amores de Fernando IV con la Palomilla eran tanto mas peligrosos, como que no teniendo nada de impuros, nada habian perdido de la soñada poesía del amor del alma; y no se crea por esto que aquellos amores, aunque puros, tenian nada de espirituales.

El rey se sentia embriagado por la excesiva hermosura de doña Juana.

Para el rey, la suprema felicidad era sentir sobre sí la satánica mirada, la incitante sonrisa de la Palomilla; asir sus manos y quedarse absorto en la contemplacion de tanta belleza horas enteras; oir aquella voz opaca, dulce y ardiente que le juraba un amor eterno.

Así, pues, no dejó de pensar en la Palomilla, á pesar de los consejos de don Lope, que se fueron gastando, y pudieron al fin mucho menos que el incitante recuerdo de doña Juana Nuñez de Lara.

Esta no habia prescindido tampoco de su ambicion, y á pesar de que estaba en la córte su viejo marido, con el que no habia contado para su intriga con el rey, aprovechó aquella ocasion que junto al rey la ponía.

## VI.

La huerta era frondosísima.

Delante del rey y de doña Juana iba la reina, en gran con-

versacion con el prior de los Domínicos y con el abad de Santander.

Mari Fernandez, nodriza de la reina, iba por respeto muy detrás del rey y de doña Juana.

Algo mas atrás de Mari Fernandez seguian los caballeros de la servidumbre interior.

El rey y doña Juana podian hablar lo que quisiesen sin ser oídos.

—¿Cuánto os habeis olvidado de mí, señor! dijo doña Juana: desde aquella noche funesta en que sin saber cómo me vi envuelta entre gente perdida, habeis sido para mí como si os hubiérais muerto.

—¿Y qué fué de vos aquella noche, doña Juana? dijo el rey.

—Qué habia de ser de mí, sino que me tuvieron encerrada toda la noche con mis dueñas en una tienda de soldado, y por la mañana me dijeron, sin meterse en cortesías, que ya estaban abiertas las puertas de la villa y que podia irme cuando quisiese.

—¿Y no hablásteis con nadie?

—Sí, sí señor, dijo afectando una indiferencia que no sentia doña Juana, porque recordaba, creyéndola hombre á Zayda Fatima, con mas amor de lo que hubiera sido justo: hablé con un capitan enmascarado que tenia en la sobrevesta, bordada en seda roja, un águila volante.

—¿Y qué os pareció ese capitan, señora?

—Ni mal ni bien, contestó doña Juana.

—Pues sois sumamente descontentadiza, dijo el rey; porque ese capitan es un jóven hermosísimo, que por cierto está sirviéndonos á maravilla en el cerco de Mayorga.

—Tenia cara y aliento de bravo, dijo doña Juana.

—¿Y no os parecen esas prendas dignas de la estimacion de una mujer tal como vos?

—En Castilla, señor, abundan los caballeros alentados, y no hay por qué interesarse por uno porque lo sea: ahí teneis á mi marido, que ha estado siendo el terror de los moros de Granada, y los ha dejado descansando con su venida.

—No tanto, no tanto, doña Juana; que allá se queda mi no-

ble vasallo don Alfonso Perez de Guzman, á quien sobrenombran el Bueno por lo de Tarifa.

—Sí, es verdad, contestó con cierto desden doña Juana; pero los moros se alegran de no tener ya mas que uno de los dos enemigos que antes tenian, y el menos formidable, porque dicen que como don Alfonso Perez ha vivido tanto entre moros, se entiende bien con ellos.

—Ahí vereis, dijo el rey con un punzante sarcasmo; pues sin haber vivido nunca entre moros vuestro marido, segun fama, se entiende mucho mejor con ellos que don Alfonso Perez de Guzman; como que afirman que si vuestro marido ha dejado aquella tierra ha sido aburrido porque Guzman el Bueno no le dejaba que vendiera á Tarifa al rey de Granada.

—Esas son calumnias, señor, de que nadie está libre, contestó doña Juana; la verdad es que si don Enrique pretende vender á Tarifa, por la que el rey de Granada ofrece tesoros, no es ciertamente para quedarse con lo que el rey de Granada dé por aquella villa, sino para tener dinero bastante con que defender como tutor vuestra corona.

—Pues si para defender mi reino me le vende, ¿sobre qué vamos á reinar cuando mi buen tutor haya vencido á nuestros enemigos?

—Buena conversacion me traeis, dijo doña Juana, despues de un siglo en que no nos vemos.

—Tráigoos esta conversacion, dijo el rey, y no otra, porque me pareceis muy distraida y no tan contenta conmigo como otras veces: sin duda pensais en otro hombre: puede ser que en el caballero del Aguila Roja.

Púsose vivamente encendida doña Juana, porque el rey habia dado en el blanco.

En efecto, doña Juana estaba enamorada de Zayda Fatima, creyéndola un hermoso mancebo, y de una manera grave, maldiciendo el cerco de Mayorga, que impedia al caballero del Aguila Roja aproximarse á la córte.

—Páreceme que he acertado, dijo el rey.

—¿Y en qué habeis acertado, señor?